

4 El Tiempo en la ficción y el drama

I

Nuestra sociedad moderna, especialmente cuando es urbana e industrial, resulta naturalmente muy desemejante a otras sociedades anteriores, salvo quizá la de fines del Imperio romano. Y no es solo nuestro asombroso progreso en el campo de la ciencia, los inventos, la tecnología, la productividad, lo que nos sitúa aparte de hombres anteriores. Hay otras diferencias igualmente importantes, aun cuando se las mencione raras veces.

Podemos calificar de cristiana a nuestra sociedad, podemos creer sinceramente que lo es, pero lo cierto es que tiene una base secular, y, digamos lo que digamos, la creemos gobernada, no por leyes divinas, sino por leyes políticas y económicas. A diferencia de hombres anteriores, no pensamos que nuestra sociedad esté contenida por creencias religiosas comunes y por grandes mitos. Nuestra vida cotidiana,

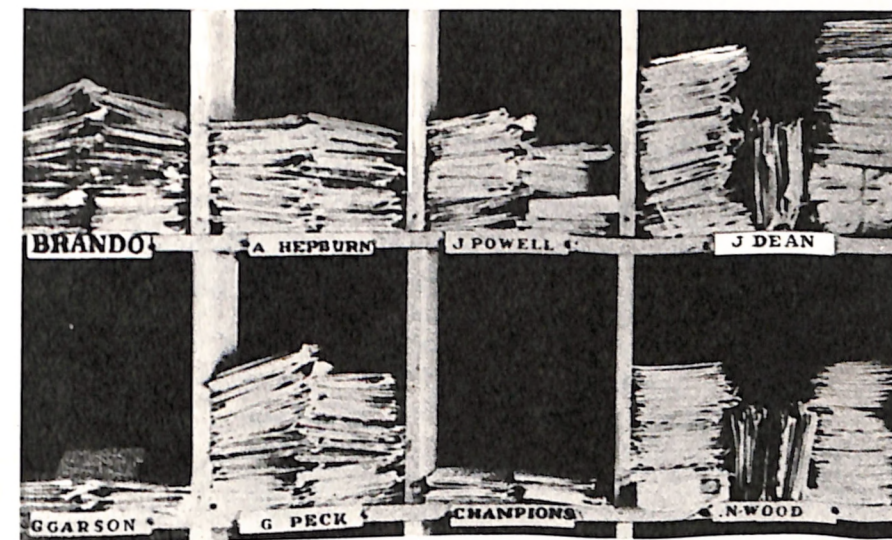
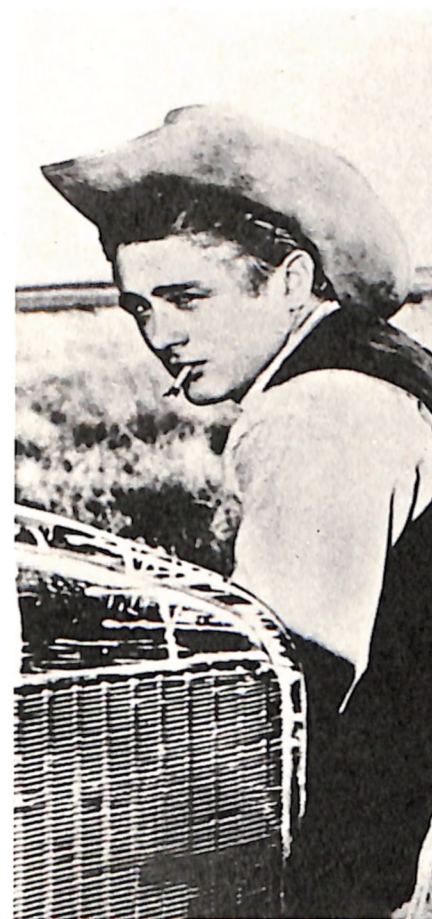


Abajo, el mejicano Emiliano Zapata, jefe de la «Legión de la Muerte», que se proponía devolver por la fuerza a los indios las tierras. Después del asesinato de Zapata, en 1919, muchos indios aseguraban que su jefe, como un héroe mitológico, todavía vivía y algún día volvería para guiarlos de nuevo.

como ha indicado el profesor Mircea Eliade, ya no es simbólica y sacramental. Las antiguas tradiciones han dejado de tener sentido. A menos que seamos artistas o sigamos una vocación definida, trabajamos para ganarnos la vida, con la esperanza de procurarnos algunas comodidades y poder divertirnos durante nuestras crecientes horas de asueto.

Sin embargo, nuestros antepasados perviven en nosotros, aunque solo sea borrosa y remotamente, muy por debajo del nivel de la típica consciencia moderna. Y cuando buscamos refugio y algún alivio para el espíritu en nuestras distracciones y diversiones (y tenemos muchas más de estas que tuvo cualquier sociedad anterior, precisamente porque las necesitamos más), es cuando nos damos la mano con esos remotos antecesores nuestros. Hay una diferencia, naturalmente. Lo que para ellos fue público, comunal, enteramente serio, se ha reducido para nosotros a una forma privada y enteramente individual de divertirnos, sin más, y de «pasar el tiempo», como solemos decir. Sin embargo, esto es más cierto respecto a las pernas maduras y más que maduras que con respecto a los jóvenes, quienes puede que se hallen más cerca de sus antecesores en espíritu o puede que se muestren rebeldes, porque presienten instintivamente que la sociedad moderna les negará demasiadas satisfacciones primarias.

Todo esto ayuda a explicar la asombrosa popularidad de los héroes de la ficción detectivesca y de las películas del Oeste, actores y actrices del cine y el teatro, «personalidades de la televisión», atletas y deportistas destacados. Todos ellos parecen existir en lo que nos ha quedado de la antigua atmósfera mitológica. Cuando los jóvenes ofrecen a estos personajes una adulación aparentemente histérica, están tratando ciegamente de devolver



A la izquierda, el actor americano James Dean, según aparecía en *Gigante*, su último papel cinematográfico antes de su muerte, ocurrida en 1955, a la edad de veinticuatro años. Arriba, parte del correo que se acumuló en el estudio tras el fallecimiento de Dean. Esas cartas fueron escritas por admiradores que se negaban a admitir que su ídolo hubiera muerto, y que (como los estudiantes del grabado inferior) siguieron coleccionando sus fotografías y regentando sus clubs de admiradores.

